

REVISTA
DE LA
UNIVERSIDAD CATÓLICA DEL PERÚ

Tomo X

Lima, Mayo-Junio de 1942

Número 2-3

ALGO ACERCA DE LA ANTIGUA LITERATURA FRANCESA

DE RONSARD A MALHERBE

Con ocasión del estudio de C. C. Humiston sobre *La técnica métrica comparada de Ronsard y Malherbe*, Publicaciones de Filología Moderna de la Universidad de California — Berkeley y Los Angeles — 1941.

Por JOSÉ DE LA RIVA-AGÜERO,
Profesor de la Universidad Católica del Perú.

I

Para nosotros los ibero-americanos, dentro de las culturas verdaderamente afines (ya que la española y la lusitana debemos considerarlas sin duda alguna como propias), junto a la gran literatura italiana ha de venir siempre, en la intimidad, el afecto y el provecho, la francesa, que reproduce, por sus condiciones generales de ingenio y elegancia, las dotes de la helénica clásica, cuya más fiel heredera ha mostrado ser en el mundo posterior a la difusión del Cristianismo. Conviene no olvidarlo ahora, porque la ruin flaqueza humana es tal que las contingencias políticas y militares, efímeras al cabo, perturban los más altos y perennes valores del Espíritu.

La raza francesa se ha asemejado, en todos sus periodos, a la griega antigua, y muy en particular a las ramas jónica y ática. Tienen la misma inteligencia veloz y brillante, la misma curiosidad inexhausta, la misma amena y nítida facundia, la sociabilidad comunicativa y flexible, mesura y lógico equilibrio en su propio fácil entusiasmo, la broma alada, la ironía risueña, el afán razonador y una energía innegable, aunque sujeta a intermisiones y desmayos. Si motivos morales y cronológicos sitúan a la actual literatura francesa

en época correspondiente a la alejandrina, le asiste con ello todavía el derecho de esperar largos otoños fecundos, según antes los logró su prototipo, en los tiempos de Calímaco y de Teócrito, y después en los de Luciano y de Plutarco, y en los del Nacianceno y ambos Crisóstomos. Parece que, desde los albores galo-romanos, los influjos de la focense Marsella; los de Cornelio, amigo del elegíaco Partenio de Nicea e imitador de Euforión de Calcis; de Favorino de Arles, el retórico y filósofo, discípulo de Plutarco; de los viejos traductores de Apolonio de Rodas, en Narbona; y al fin el establecimiento de San Ireneo de Esmirna y los griegos cristianos en Lyon, y los viajes y estadias de sus antagonistas Luciano y Juliano, hubieran impreso, en lo que había de ser Francia, un sello indeleble de atavismo helénico.

Para completar las semejanzas en los orígenes, la Francia medioeval, de los siglos XI al XIII, produjo una épica riquísima, análoga a los cantos homéricos, y que dominó en toda la Europa latina y germánica. Sus poemas de los ciclos carolingio y de las Cruzadas (como la *Canción de Rolando*, la de *Antioquía* y el *Caballero del Cisne*), equivalen, si nó en calidad, en significado ético y propagación, y aun en el tono, a los de la guerra de Troya (y Littré lo probó en forma palpable y experimental); los de la *Tabla Redonda*, *Los tres loreneses* y el de *Alejandro*, a la *Odisea* y a los del *Regreso* extractados por Proclo; los burlescos *Romans de Renart*, al perdido *Margites* y la *Batracomiomaquia*; y los innúmeros y chocarreros *fábliaux*, a las fábulas milesias, sibaríticas y libias. Los toscos dramas litúrgicos y los rudimentarios juegos y farsas escénicas, como los de Adán de la Halle, recuerdan, por su cuna religiosa y su desarrollo teatral posterior, los coros ditirámicos hasta Téspis. En la prosa de las ingenuas crónicas arcaicas, Froissart resultó, sin saberlo, un Herodoto heráldico y ojival, más infantil todavía que el de Halicarnaso; y Villehardouin y Joinville son dos animados y tiernos Jenofontes cristianos.

Pero aquel pródigo florecimiento de las epopeyas o gestas, y de las poesías líricas francesas en sus dos lenguas principales de *oil* y de *oc*, que a la par de su arquitectura y su estatuaria peculiares, en el gótico originario, constituyeron la primera hegemonía literaria y artística de Francia sobre la restante Europa culta, y que fué tan omnipotente como la segunda, de los siglos XVIII y XIX, de improviso declinó, y se deslustró, hasta amortiguarse casi del to-

do en el XIV, con los desastres de la Guerra de Cien Años. Entonces la reemplazó en supremacía intelectual Italia, cuyos dos máximos poetas, Dante y Petrarca, bajo el dominador elemento clásico redivivo, no dejan de ofrecer vestigios numerosos de la anterior influencia francesa, recién disminuida; por ejemplo, en sus conocidos homenajes al príncipe trovero Teobaldo IV, Conde de Champaña y Rey de Navarra, y a muchos trovadores provenzales.

El siglo XIV fué para toda Europa, pero muy particularmente para Francia, una edad calamitosa y desoladora, sanguinaria e impía, de anárquico desenfreno y de miserias infinitas, de prosaísmo creciente, de lúgubre obscuridad y aridez. Recordemos la tremenda descripción que de París, Montpellier y la Gascuña, trazó el Petrarca, en 1360. En el XV, desde sus mediados, se advierte el alivio. Pronto se consolida la convalecencia social y económica; y como imagen y estímulo para la rehecha monarquía y sus cortesanos, se prosifican las rimadas gestas célticas y carolingias que parecían en verso antañonas y desusadas; y vuelve desde la península ibérica el ideal caballeresco y galante, sutilizado y acicalado por el primer libro hispano que de veras se impone en Francia, el famoso *Amadís de Gaula*. Mas en poesía, durante esos doscientos años largos, apenas podemos oír otra cosa que la grácil melopea nostálgica y monótona del *Cancionero* del príncipe Carlos de Orleans; y el estro cínico, turbio y patibulario de Francisco Villon. Los demás versificadores, como Alain Chartier, son harto mediocres.

Cuando el Renacimiento greco-romano, despertar de alegría y de luz, penetró victorioso con alguna tardanza en las artes plásticas, bajo el rey joven Francisco I, por la venida de Leonardo de Vinci, el Sarto, el Rosso, Primaticcio y Cellini, aun en la lírica francesa no representaban las nuevas tendencias regeneradoras sino los insuficientes Octaviano y Mellin de Saint-Gelais y los dos Marot, de vena tan pálida y delgada. Hubo que esperar casi un veintenio la aparición de Ronsard y su Pléyade en 1549, para que el esplendor renacentista italiano vivificara la poesía francesa, prisionera todavía entre los escombros góticos, los adornos menudcs y frívolos, y fecundara su legítimo clasicismo.

Ronsard, cabeza indiscutida del movimiento renovador en las letras, proclamado *Príncipe de los poetas del Reino*, en los Juegos Florales de 1554, con mucha mayor justicia que su predecesor Clemente Marot, fué en efecto un gran artista, un versificador sobera-

no, digno de parangonarse con sus contemporáneos mejores. Así se lo reconocieron en vida todos. Montaigne lo reputaba eximio, perfecto, no inferior, en los buenos trozos, a los antiguos clásicos de Grecia y Roma (1). El Tasso, que en París sometía a su examen la *Jerusalén*, y Lope de Vega, que lo nombra y lo encomia al par del Petrarca, lo saludaron como a un igual. Por los inevitables varvenes del gusto, la fatal reacción contra este endiosamiento perpetuo sobrevino poco después, en la misma Francia. Iniciada con la ingrata detracción y el rigor nimio de su ingrato discípulo Malherbe, llegó al colmo de lo inicuo en el estrecho e intolerante Boileau. Tan injusta proscripción duró dos siglos. En sonoras estrofas pesimistas, la había predicho el propio vate magnánimo, que hace apostrofar así por una ninfa a su ultrajada sombra:

Avant le soir se clorra ta journée. . . (2)
 De tes soupirs nos neveux se riront;
 Tu seras fait du vulgaire la fable,
 Tu bâtiras sur l'incertain du sable
 Et vainement tu peindras dans les cieux.

Pero los románticos, aventando las arenas de la crítica estéril y muerta, exhumaron el profanado monumento ronsardiano de bronce y mármol. Victor Hugo lo desagrávió, prosiguiéndolo; y Sainte-Beuve escribió la apología, que hoy hallamos tímida e incompleta. Porque se ha realizado el augurio de que dudaba este su rehabilitador (3): ha vuelto a subir al trono que sus coetáneos le

(1).—Montaigne, *Ensayos*, Libro II, cap. XVII: "Quant aux Français, je pense qu'ils l'ont montée (la poésie) au plus haut degré ou elle sera jamais; et aux parties en quoi Ronsard et Du Bellay excellent, je ne les trouve quère éloignés de la perfection ancienne".

(2).—Verso repetido por Andrés Chénier, casi literalmente en su elegía VI:
 Je meurs. Avant le soir j'ai fini ma journée.

(3).—Soneto de Sainte-Beuve a Ronsard en Julio de 1828. A esa fecha, Sainte-Beuve, según confesión posterior de él mismo, pedía bien poco. Limitaba su anhelo de reparación hacia Ronsard y la Pléyade, a exhortar "que enriquecieran los modernos la paleta con algunos de los agradables colores de aquellos abuelos olvidados, y agregaran algunas de sus notas a los acentos ya conocidos, y se justificaran con dichos antecedentes". (Primera edición del *Tableau historique et critique de la poésie française et du théâtre français au XVI siècle—y Noticia y comentarios en Obras escogidas de Ronsard*, ed. Garnier, por L. Moland.—De las antiguas ediciones de Ronsard, son las mejores la de 1567, la de 1584 y la póstuma y definitiva de 1586.

depararon. Por eso a nadie sorprende que, como sus modelos antiguos de Roma y Grecia, atraiga para su estudio minuciosos escoliastas, aún en el utilitario y lego continente americano.

Nos brinda precisamente oportunidad para estas páginas, el esmerado folleto de C. C. Humiston, que editó la Universidad de California en Berkeley y Los Angeles el último año, y se aplica a escudriñar y comparar la métrica de Ronsard y Malherbe, aprovechando las mejores investigaciones francesas y alemanas, verbigracia las del Abate León Bellanger (*Etudes sur la rime française*, París, 1876); Maurice Grammont (*Petit Traité de versification française*, París, 1930); Büscher (*La versification de Ronsard*, Weimar, 1867); Erkelenz (Wurzburgo, 1868); A. Rosenbauer (Munich, 1895); Ernesto Träger (Leipzig, 1889); y Pablo Groebedinkel (Altemburgo, 1880), ampliándolas y corrigiéndolas a menudo.

Mr. Humiston demuestra que el encarecido preceptista Malherbe, en la inmensa mayoría de los casos, no hizo sino seguir los consejos de Ronsard tocantes a la cesura y al hiato. Al revés de Malherbe, que prohibió con tiránica estrictez los *enjambements* o sean versos cabalgantes, cuyo sentido continúa el del anterior, Ronsard, que en su juventud también los rechazaba, luego los aceptó y practicó en la edad madura, persuadiéndolo el estudio de los dechados clásicos (*Prefacio primero de la Franciada*). Su proceder se ha visto justificado y amplísimamente abonado, desde que se restauró el genuino helenismo francés con Andrés Chénier. Pero hay algo más curioso; y es que Malherbe no pocas veces infringió en sus rimas las mismas caprichosas trabas que multiplicaba con arbitrariedad de dómine (4). Al ordenancista Aristarco del siglo XVII, que censuró con tanta acerbidad al excelso precursor, le habría convenido, no obstante su desvío y desdén por los griegos (sobre todo por Píndaro, adorado en la Pléyade), y sus exclusivas predilecciones latinas, leer el *Pseudologista* de Luciano de Samosata, en que se zahiere al gramático profesional, violador de las leyes que formula, al incurrir en graves solecismos (5).

(4).—Humiston, ob. cit. Véanse singularmente las págs. 8, 9, 10, 11, 16 y las 102 a 109.

(5).—La veracidad obliga a reconocer que igualmente Ronsard descuidó la observancia de sus propios preceptos sobre el hiato. Como lo decía con franqueza: "Toujours on ne fait pas ce qu'on propose" (*Compendio del arte poética*, en las *Obras escogidas de Ronsard*, ed. Garnier, pág. 358). Pero en esa misma

Me atreveré a apuntar, por más que exceda de mi particular competencia, que el mérito de Ronsard no estriba mayormente en la originalidad de los ritmos, al fin mérito formal y secundario, aunque sin duda haya sido grande y novedoso metrificador. Pero no es tan radical aquella originalidad como un tiempo lo dieron a entender Sainte-Beuve, los románticos y Teodoro de Banville. Sabiéndolo o nó, con frecuencia se limita a reproducir o remozar, alterándolos apenas levemente, metros usados ya en la anterior literatura de Francia. Con su habitual solicitud, rectificó Sainte-Beuve, desde hace cien años (edición de 1843), que la preciosa canción de primavera de nuestro poeta:

Quand ce beau printemps je vois,
J'appercois
Rajeunir la terre et l'onde . . . ;

combinación reproducida en el *Avril* de Remigio Belleau y en el *Himno a la Salud* de Joaquín Du Bellay, no era, según lo había creído, invención de Ronsard ni de su referido discípulo Du Bellay, porque ya se halla en la traducción del Salmo XXXVIII por Clemente Marot, y hasta en un misterio o drama religioso del siglo XV. Adoptándola, compuso el propio Sainte-Beuve su poesía *A la rima*, de las mejores entre las suyas, imitada después en asunto y estructura por la célebre de Carducci. Podemos agregar que es la misma llamada *serventesio francés* en el XIV (6).

La alternativa de rimas femeninas y masculinas, regla que se hace remontar a él, la seguía un siglo antes el refinado Duque de Orleans, que merecía en verdad ser su maestro. El soneto era conocido y practicado por Marot y su escuela, y los de la lionesa de Sève. La estrofa lírica de diez versos, en cambio, atribuida vulgarmente a Malherbe, ha de restituirse con absoluto derecho a Ron-

Arte poética acepta el hiato en algunos casos, cuando no ofende el oído, atendiendo a la índole del idioma francés, que no lo tolera tanto como el griego. Lo admite en el *Segundo Prefacio* de la *Franciada*, acercándose más, como suele, a las libertades de la actual poesía en Francia. Humiston, siguiendo a Martinon, impugna la autoridad de este *Segundo Prefacio*, por ser publicación póstuma (Humiston, ob. cit. pág. 43; — Martinon, *Etudes sur les vers français*, Revue d'histoire Littéraire de la France, Paris, 1909).

(6).—*Arte de trovar* de Eustaquio Deschamps, cit. por E. Faguet. *Hist. de la Lit. francesa* (9ª edición, Paris, 1901), tomo I, pág. 121.

sard, quien la empleó con éxito feliz en muchas de sus odas pindáricas, sin más diferencia que ser a veces de versos heptasilabos en vez de octosilabos (7). Véase, por ejemplo, una de las dedicadas al Rey Enrique II, que contiene metáforas hermosísimas:

Comme un qui prend une coupe,
Seul honneur de son trésor,
Et de rang verse a la troupe
Du vin qui rit dedans l'or.

Muy expertos críticos señalan en ella analogías, parentescos o congruencias de impresión, aunque haya diferencias substanciales de ordenación interna, con el *Canto real* de once versos del Medioevo, ensanchado hasta catorce y quince por Lemaire a principios del siglo XVI (8). Pero dejemos tan minuciosa indagación de vaguísimas semejanzas o rebuscadas genealogías métricas.

En general, es una palmaria exageración decir con Banville que "Ronsard sacó sus ritmos de la nada, o de los latinos y griegos, descubriendo su forma a medida que los iba necesitando". Y es mucho peor (porque no nace de extremosidad panegírica sino de ceguedad hostil) estampar como Boileau que "hizo un arte a su manera, disponiéndolo y alterándolo todo, y haciendo hablar latín y griego a su musa". Cuando redactó su trunca epopeya *La Franciada* (que fué a mi ver su único fracaso), acudió, en obediencia a órdenes superiores —de seguro la regia voluntad de Carlos IX—, al vetusto decasilabo, o sea nada menos que al metro de las añejas canciones de gesta. Y cuando pudo satisfacer a sus anchas sus gustos, prefirió el alejandrino, también instrumento de los cantares épicos de la Edad Media, de los que sucedieron a los primordiales. Hay que leer su breve *Arte poética*, escrita para Delbene, el Abad de Hautecombe en Saboya, y sus prefacios a *La Franciada*, para enterarse de su criterio moderado y templado, tradicional hasta el punto de recomendar valerse de provincialismos y arcaísmos, y no menospreciar las desinencias valonas y picardas, y el léxico de las novelas de la *Tabla Redonda*, que le hacen recordar las leyendas ho-

(7).—E. Faguet, *Etudes litteraires, Seizième siècle* (Paris, 1902), Ronsard, pág. 283.

(8).—Faguet, *Hist. de la Lit. francesa*, tomo I, págs. 120, 216, 217 y 350. *Etudes litteraires, Seizième siècle*, págs. 272, 273 y sqts.

méricas, rasgo de nada trivial perspicacia. Llegó ahí y en otros pasajes a elogiar y aun imitar *Le Roman de la Rose*, como imitó a Lemaire des Belgès, en el himno a la muerte de Margarita de Navarra. No impugnó en realidad lo que subsistía de valioso y vivo en la herencia de la Edad Media. Lo que combatía eran aquella versificación mecánica y equívoca, y aquel espíritu de rutinaria facilidad, de plúmbeo desmayo, de malicia indecente y plebeya en que habían venido a parar los residuos de la entonces interrumpida o difunta inspiración gala. Tampoco ayudó mucho a sus fanáticos alumnos Baïf y La Taille en las osadas empresas de introducir los desmesurados pentadecasilabos (versos de quince sílabas), o de substituir la rima con la antigua cantidad (9). El excesivo clasicista De Broses, en el siglo XVIII, culpaba a Ronsard y Malherbe por no haber aclimatado en el francés el verso suelto, a semejanza de las literaturas italiana, española y portuguesa; y en verdad que, frustrado el débil conato de Marmontel, ha sido necesario aguardar hasta casi nuestros días, hasta los postrimeros del XIX, para encontrarse con el verso libre o suelto francés, el cual no es sino el verso amorfo o *verso-prosa* de los decadentes, hoy tolerado y aplaudido.

Ronsard no fué, pues, el pedante estrafalario y estrambótico que sus inconsecuentes herederos falsificaron. En muchos párrafos de sus consideraciones críticas, habla contra la ampulosidad e hidropesía, y el hipérbaton que atribuye a los españoles y a ciertos émulos. El ataque se endereza contra Du Bartas, sin lugar a duda; pero quizá vaya también contra Mauricio Séve, siquiera de soslayo. El enigmático y quintaesenciado Mauricio Séve, el simbolista de Lyon, representó la antítesis extrema, sobrada, de la llaneza de Marot. Ciertamente Séve no está maltratado en el belicoso Prefacio de las primeras Odas de Ronsard (1550). Pero lo mismo ocurre allí con Mellin de Saint-Gelais, lo que no fué óbice para que Ronsard más tarde lo combatiera. Repárese en fin que el sonetista Oliverio de Magny, uno de los mayores amigos de Ronsard, murmuró contra el otro lu-

(9).—Sólo hay dos odas, entre las ciento cincuenta y tantas de Ronsard, que guarden las reglas de la cantidad; y esas mismas conservan la rima.—En cuanto a los metros o pies modernos, los más largos que Ronsard acepta, son los alejandrinos de doce y trece sílabas (Vid. su citado *Compendio de Arte poética*, en los capítulos referentes a los alejandrinos y a los versos comunes; y uno de sus prefacios a *La Franciada*, en lo tocante a las ventajas de los versos cortos y concentrados, ed. Garnier, pág. 194).

minar de la escuela de Lyon, Luisa Labé, la apasionada poliglota marimacho, apellidada *la hermosa cordelera* o *la Safo de Galia*.

Habida cuenta de las circunstancias de la época, del Renacimiento ardoroso y bullidor, como recién injerido en las letras de Francia, le asiste mucha razón a Brunetière para declarar que "la poética de Ronsard no difiere de la de Malherbe; y que el segundo no fué sino el continuador del primero" (10). Conclusión idéntica a la que sobre la métrica de ambos evidencia el folleto de Mr. Humiston, ocasión y coyuntura del presente ensayo. No estará demás insistir en la fisonomía de los dos sucesivos jefes de escuela y de sus discípulos principales. La materia no carece de útiles sugerencias; y si bien ha sido muy explotada por eminentes críticos europeos, importa vulgarizarla en América Latina, para mantener nuestros naturales y auténticos vínculos de cultura.

II

El noble Pedro de Ronsard vivió en un periodo de contrastada y trágica reconstitución de Francia. Baste decir que nació cuando la batalla de Pavia; y murió en medio de las guerras civiles, el año en que nacía Richelieu. Su padre, Luis de Ronsard, dignatario de la Corte y que también versificaba, fué Mayordomo Mayor de los príncipes hijos de Francisco I. Su madre, Juana de Chaudriers, tenía deudo legítimo con la histórica familia de La Tremoille. El castillo paterno en que vió la luz, La Possonière, está próximo a la aldea de Cousture en el Vendôme Bajo, cerca del pequeño Loir, que inmortalizó con sus estrofas, el cual afluye a la cuenca del Loira grande. En esas tierras, tan admiradas por el Emperador Carlos V y que son en verdad las más amenas de Francia, poseyó como encomiendas, a fuer de segundón y clérigo de menores, las abadías y el priorato en que gustaba residir y en que al cabo se retiró a envejecer. La región de la Turena y del Anjou, y las confinantes, regadas por el Loira y sus tributarios, formaban el corazón y el eje de la monarquía, el teatro florido en que mejor se desplegaron los atavíos y cortejos del importado Renacimiento. Para evocar los bosques y ríos de la comarca, hay que inspirarse en las metáforas del poeta: sabe Ronsard que no es la pingüe y épica majestad flu-

(10).—F. Brunetière, *Etudes sur la littérature française* (Paris, segunda edición, 1896, Hachette), tomo V, pág. 6.

vial del Nilo, del Tiber, del Rin o del Danubio, en cuyas orillas entretanto moraba prisionero nuestro español Garcilaso: no son ambos Loiras dioses ancianos o maduros, de largas barbas, coronados de espadañas (10a). El gran Loira, con sus afluentes vasallos, se parece a Apolo el rubio, el del casco de oro, el de la cítara y el arco de plata, seguido de cisnes, rodeado de musas danzantes, de ninfas y jóvenes faunos; tropel de cuerpos esbeltos y fluidos, como las estatuas de Jean Goujon. Cíngulo claro, recamado de gracia; orlado de maravillosa guirnalda de selvas, viñas y cincelados castillos (11); caudal sinuoso en un vergel lozano; riente, lascivo y fresco río favorito de los Valois.

Muy pronto dejó Ronsard la encantadora provincia natal de Vendôme, en cuyas florestas, niño de doce años, componía versos, a pesar de la oposición del padre, que estaba escarmentado por las propias experiencias literarias. Comenzó la carrera de la Corte y de las armas como paje al servicio de Francisco el Delfín y del Duque Carlos de Orleans en las campañas de Provenza, y del Rey aliado Jacobo V en Escocia e Inglaterra, lo que explica su constante adhesión a los Guisas y a la sobrina de éstos, la desdichada Maria Estuardo. Estuvo poco después en Flandes, regresó a Escocia, y en 1540 acompañó en Alemania, a la Dieta de Espira, al embajador Lázaro de Baif; y luego en Turín al capitán y gobernador Guillermo Du Bellay, el Señor de Langey, para la guerra del Piamonte. En los viajes de juventud, aprendió varias lenguas vivas y el latín, de su primer preceptor en Escocia, el piamontés Claudio Duchì, Señor de Créssier; y adquirió nociones y estima de las modernas literaturas alemana e inglesa, italiana y española, que recomienda en su *Arte poética* y en su epístola a Grevin. "No hay, escribía más tarde (en uno de los prefacios a *La Franciada*), país tan perfecto en todo, que no pueda aprovechar tomando algo de los vecinos". Para las letras francesas, su ideal no excedía a la sazón de Clemente Marot y del belga Lemaire, el probable *Raminagrobis* de Rabelais. Pero antes de cumplir veinte años, una grave enfermedad lo ensordeció (accidente que aquejaba también a su fraternal amigo Jaquín

(10 a).—Léanse por ejemplo *A la source du Loir*, las dos piezas *A la fontaine Bellerie*, *A la forêt de Gâtine*, el soneto *A la rivière du Loir* y la elegía *Contre les bûcherons de Gâtine*.

(11).—Blois, Amboise, Chambord, Chenonceaux, Azay-le-Rideau, etc.

Du Bellay, y que aun más lo allega a Carlos Maurras, nuestro contemporáneo poeta clásico y político legitimista, que con tan entrañable afición lo alaba). Viendo impedida por la sordera la vida militar, se entregó ansiosamente a adquirir sólidos conocimientos literarios, en el Colegio de Coqueret, pero como alumno libre, porque sus obligaciones cortesanas de paje lo retenían a vivir en el palacio de Les Tournelles (por donde hoy se extiende la Plaza Real o de los Vosgos). El Colegio de Coqueret se hallaba al otro lado del Sena, entre las antiguas calles de Sept-Voies y Chartière, cerca de la actual Plaza del Panteón. Ahora es el Colegio Sainte-Barbe. El principal o rector se denominaba Juan Daurat o Dorat, aunque su verdadero apellido era el de Dinemandy. Ronsard lo intitula *poeta regio*, porque más adelante Carlos IX, que fué igualmente su alumno, le concedió tal calificativo. Discipulo de Danés, provenía de la escuela de los grandes humanistas, de Budé y del bizantino Juan Lascaris. Llegó a ser en 1560 Profesor en el Colegio de Francia; y antes había sido maestro palatino en los reinados de Francisco I y Enrique II, y preceptor del hijo de Lázaro de Baïf, el poeta adolescente Juan Antonio de Baïf, consagrado con extraordinario afán al aprendizaje del griego.

Los otros compañeros notables de Ronsard, en el colegio o academia de Dorat, fueron Remigio Belleau, Antonio Muret y Joaquín Du Bellay, sobrino del Cardenal embajador en Roma y del capitán Guillermo de Langey, su anterior jefe en Italia. A los siete años de asiduo estudio, salió consumado latinista y helenista; y decidido a emprender, junio con sus condiscípulos y amigos, que se apellidaban entre sí *la docta brigada*, una renovación profunda en la poesía y el uso del idioma. Con el común maestro Dorat y dos recientes adeptos, Jodelle y Pontus de Thyard, constituyeron el núcleo de la *Pléyade*, a imitación de la alejandrina tolemaica. Joaquín Du Bellay redactó el manifiesto, bajo el título *Defensa e ilustración de la lengua francesa*, firmado en París el 15 de Febrero de 1549 e impreso ese año. Es la ampliación y refutación del *Arte Poética* de Sibilet (1548), eco vago de Marot. Corresponde en nuestra literatura española, por intención y alcance, al magnífico discurso de Fray Francisco de Medina, que prologa la edición de 1580 del bucólico Garcilaso, anotada por Fernando de Herrera. Entrambos son, después del tratado dantesco *De vulgari eloquio*, las elocuentes proclamaciones de mayoría de las lenguas romances. Antecediendo al

castellano en un treintenio, pero yendo a dos siglos largos de distancia tras las doctrinas del Dante, Du Bellay, vocero de la Pléyade, preconiza el empleo del francés para toda clase de obras en prosa y verso, y la necesidad de ennoblecer los vocablos, los metros y el estilo, mediante la imitación de los genuinos clásicos. Ya desde 1539, Francisco I, por la Ordenanza de Villers-Cotterets, mandó que todos los documentos públicos se escribieran en el habla vulgar predominante del reino, en el francés de *oil*. Ahora procuraban, bajo el cetro de su hijo Enrique II, que el definitivo idioma oficial, lustrado y hermosado en las fuentes de la antigüedad, diera de sí muestra gallarda en los más encumbrados géneros literarios (12). Para robustecer con el ejemplo las teorías expuestas por Du Bellay, al cual sin duda se las había infundido, y que fueron las suyas siempre, Ronsard publicó el mismo año de 1549 dos obras primicias, *El himno de Francia* y la traducción del *Pluto* de Aristófanes (representada en su colegio de Coqueret), seguidas en 1550 de la *Oda a la paz*, en honor de Enrique II (después de la conquista de Boulogne sobre los ingleses) y de los cuatro primeros libros de las *Odas*. El libro V apareció en 1552, con los sonetos eróticos de los primeros *Amours*. Los segundos son de 1553; y los *Himnos*, de 1555. Su rápida ascensión nos recuerda la de Victor Hugo. Encontró pocos y endebles adversarios en estos años de irrupción afortunada: era incontrastable su impetu juvenil.

Marot, el caudillo del grupo o cenáculo anticuado, había fallecido en el destierro, como sospechoso de protestantismo, hacia 1544;

(12).—Frisan el programa de Andrés Chénier, su continuador dieciochesco, cuando dijo:

A nous tous aujourd'hui, vos faibles nourrissons,
 Votre exemple a dicté d'importantes leçons.
 Il nous dit que nos mains, pour vous être fidèles,
 Y doivent élever des colonnes nouvelles. . .
 Changeons en notre miel leurs plus antiques fleurs;
 Pour peindre notre idée, empruntons leurs couleurs;
 Allumons nos flambeaux à leurs feux poétiques;
 Sur des pensers nouveaux faisons des vers antiques.

La primera composición de Ronsard que se conoce, es una oda en los preliminares de las obras de Pelletier (1547). También publicó por entonces un epitalamio.

pero de los tenientes, uno, Carlos Fontaine, procuró refutar el programa de la Pléyade, en el *Quintilio horaciano* (1550). El otro, Mellin de Saint-Gelais, más petrarquista y mundano que verdadero clásico (13), malquistaba a los poetas novadores en la Corte, y se encarnizaba específicamente con Ronsard, quien se amparó bajo el patrocinio de la princesa Margarita de Valois, después Duquesa de Saboya, y del Canciller Miguel de L'Hôpital. Logró al cabo Guillermo des Autels, conocido poeta y gramático, pacificar las dos camarillas literarias; y en 1553, para la segunda edición de los *Amores* de Ronsard, se presenta éste reconciliado con Saint-Gelais (14). La Pléyade venció en toda la línea, hasta en el teatro, reemplazando los *misterios*, que continuaban el drama medioeval, con ensayos de tragedias paganas, a la moda de Italia y Alemania. Un admirador y comentador de Ronsard (15), Marco Antonio Muret, escribió en latín la de *Julio César*, que se hizo famosa. Otro de la *docta brigada*, el improvisador Esteban Jodelle, más atenido a las enseñanzas de Ronsard y Du Bellay sobre el empleo preferente del francés, estrenó en él la *Cleopatra*, el año de 1552. Significó para la Pléyade lo que la noche de *Hernani* para los románticos. Celebraron un festín en Arcueil; y en bulliciosa e inocente parodia de los ritos helénicos, Ronsard y Baif, como los *coreutas*, entonaron el dítirambo compuesto por Bergier de Montembeuf, y coronaron de flores un macho cabrío. Pedantería tan moceril e inofensiva no tardó en servir de arma a las calumnias de los hugonotes.

Porque Ronsard y los de la Pléyade, sin embargo de su fervoroso humanismo, o por él precisamente, eran muy buenos católicos y muy leales súbditos de los reyes: eran franceses de cepa antigua, partidarios del orden y la tradición social. En terminología de nuestra época, habrá que designarlos a boca llena como *derechistas*. Confiesa Ronsard que por un momento lo alucinaron ciertas hipocresías protestantes (16). Al punto se desengañó; y no tuvieron en

(13).—Por ese tiempo, el discreto Esteban Pasquier lo tasaba así, con justa severidad.

(14).—Sainte-Beuve, obs. cit.

(15).—Véase dicha segunda edición de los *Amores*.

(16).—*Discours des misères du temps*:

J'ai autrefois goûté, quand j'étais jeune d'âge
Du miel empoisonné de votre doux breuvage:
etc.

Francia los anárquicos reformistas más duro fustigador en verso. Anatematizó, en vibrantes sátiras rimadas, sus destrozos, crueldades y traiciones, su frenesí, sus amaños y sus vicios; y señaló, con admirable vigor mental, los errores e inconsecuencias de sus contradictorias doctrinas (17). Odiaba sobremanera el tipo del sombrío puritano, iconoclasta y falaz, enemigo fanático de la belleza visible. Todos los instintos de latino, artista y hombre del Renacimiento se le sublevan contra esa feroz y artera bandería:

Hideux en barbe longue et en visage feint,
 Qui sont plus que devant tristes, mornes et pâles,
 Comme Oreste agité de fureurs infernales.

Horrorizado ante los desastres materiales y morales que acumuló la funesta herejía, exclama añorando la unidad religiosa de la Edad Media:

O heurieuse la gent que la mort fortunée
 A depuis neuf cens ans sous la tombe emmenée!
 Heureux les pères vieux des bons siècles passés,
 Qui sont sans varier en leur foi trespasés.
 Ont vecu longuement, puis d'une vie heurieuse
 En Jésus ont rendu leur âme genereuse.

Ni se limitó a vituperar a los hugonotes en escritos, sino que en 1562, durante la primera y espantosa guerra civil, Ronsard, que aun no había llegado a los cuarenta años, tomó voluntariamente las armas y defendió contra los merodeadores protestantes la parroquia de Evailié, de la que era prestamero. Los libelistas de la Reforma ginebrina se vengaron atribuyendo su ardiente ortodoxia a los varios beneficios eclesiásticos que, como tonsurado, disfrutaba. Ridiculizaron su epicureísmo y la prematura obesidad que le había hecho perder pronto la ágil prestancia juvenil. Lo comparaban con

(17).—Los arriba citados *Discours des misères du temps* se compusieron de 1560 a 1563. A la proditoria entrega que entonces hizo el ejército protestante francés del puerto del Havre a los ingleses (tratado de Hampton Court), se refieren los indignados versos del generoso Ronsard:

Ni les blonds nourrissons de la froide Angleterre,
 N'eussent passé la mer, achetant notre terre.

una marrana. Achacaban su sordera a la sífilis (que decían *mal espagnol*, como al revés se llamó en España *gálico*); y lo acusaron de ateo y disoluto, y de escritor de lubricidades. Con no menos intemperancia e iracundia les replicaba Ronsard (18). Como providencial desagravio, el Papa San Pío V, en un Breve especial, lo felicitó por la valentía de su fé católica. Sabemos, por el testimonio de sus propios versos, que aun siendo mero abate comendatario y capellán menorista, cumplía con los deberes canónicos y litúrgicos de sus cargos; y era muy rezador y devoto, en edad de tan tristes defecciones y tántas apostasias entre sacerdotes y prelados. A diario asistía a misa y al coro, de Maitines a Visperas, revestido con sus ornamentos sagrados, de los cuales los de mayor precio, bordados con oro de las Indias, se los robaron los bandidos hugonotes. Recitaba el breviario con toda regularidad. D'Angennes, Obispo de su diócesis, que era la de Le Mans, donde el poeta poseía otra prebenda en la iglesia de San Julián, lo estimaba y frecuentaba. Los jesuítas, recién establecidos en Francia, le manifestaban admiración y cordial simpatía. No dejó de ensayarse en el género piadoso, con himnos a San Blas y a San Roque, entremezclando, a la incoherente manera del Renacimiento, la mitología con el Cristianismo. El Cardenal de Lorena acostumbraba invitarlo al castillo de Meudon. Cantó muchas veces y con efusivo acento al gran Francisco de Guisa y a su hijo Enrique. Mas de toda la ilustre familia directora del bando católico, fué su predilecta la bella y sabia mártir María Estuardo, la flor de Escocia y de Francia, la blanca e injuriada Reina poetisa, en cuyo elogio rimó tan conmovedores versos. Mutuamente se comunicaban sus composiciones; y todavía desde la lejana cautividad, María Estuardo le enviaba presentes valiosos, con halagüeña dedicatoria. El Rey Carlos IX profesaba a su poeta áulico un cariño filial, y le dió pruebas de singular favor. Recuérdense los liasonjeros y preciosos alejandrinos que el regio alumno le ofrendaba:

(18).—Sobre estas virulentas diatribas, muy características del siglo XVI, consúltese Sainte-Beuve, obs. cit.; y un artículo de Brunetière en la *Revue des Deux Mondes* de Mayo de 1900. Los detractores principales fueron su antes amado discípulo Jacques Grevin, al que perdonó después, y un Florent Chrestien, que fué el primer maestro del Rey Enrique IV y uno de los autores de la célebre Sátira *Menipea*.

Tous deux également nous portons des couronnes;
Mais, roi, je la reçois; poète, tu la donnes.

Lo obsequiaba con pensiones y encomiendas, y con traillas de perros finos para sus cazas en Bourgeuil del Loira (frente al castillo de Chinon y la abadía de Fontevrault), a que él se esforzaba en corresponder, presentando como tributo al monarca los *Diálogos* de la platónica *Filografía* de León el Hebreo. Carlos quería retenerlo en la Corte, atajándole las propensiones al retiro campestre; y sin cesar lo obligaba a escribir mascaradas, églogas y carteles para las diversiones palaciegas. Es la porción más débil de sus obras, que lleva por título, a imitación de las *Sylvae* de Estacio, *Le bocage royal*. Gracias a su influjo, su secretario particular Amadis Jamyn, el traductor de Homero, llegó a ser secretario del Rey. En 1570, el mismo Rey Carlos, atendiendo a los deseos de Ronsard y Baïf, fundó una Academia Real de poesía y música, anuncio de la ulterior Academia Francesa de Richelieu. En ella, no sólo se leían, sino que se cantaban las poesías de la Pléyade; y en especial las odas pindáricas ronsardianas, que reclaman efectivamente acompañamiento musical de coros (Frémy, *L'Academie des derniers Valois*).

Pero todos estos atractivos cortesanos y honores académicos no pudieron contrastar, después de la prematura muerte de su amado Carlos IX, el pobre Rey tísico, en 1574, el anhelo de soledad y reposo del envejecido Ronsard. Pertenecía al tiempo y la clase en que los hombres duraban poco, en que soberanos como Carlos V, Enrique VIII y Francisco I se desplomaban no bien pasaban de quincuagenarios. La sensualidad pagana del Renacimiento raras veces permitía una vejez válida, salvos los cuatro casos heroicos de Julio II, el Cardenal Cisneros, Felipe II y Miguel Angel. El voluptuoso y gotoso Ronsard pensaba y sentía en esto como Montaigne (19); y como otros dos helenizantes de imaginación en el siglo XIX, Chateaubriand y D'Annunzio. Estos humanistas no se convencían con la lectura del *De Senectute* de Cicerón.

Casi todos los cantos de su madurez, a menudo tan pungentes, son suspiros por la juventud perdida. Ni Ariosto, ni Marullo,

(19).—Montaigne, *Essais*, cap. LVII del Libro I. En Ronsard léanse los muy explícitos versos de su epístola a Juan Galland. Se reconoce fatigado para la poesía desde antes de los cuarenta años.

ni el Tasso, ni Rioja ni Góngora lo superan al comparar la fugacidad de la vida con las flores. Habían muerto sus mejores amigos: los poetas Joaquín Du Bellay, Oliverio de Magny y Esteban Jodelle, y el filólogo Turnebio; y en 1577 sucumbió en París, de 49 años, el exquisito anacreóntico Remigio Belleau (20), al que Ronsard denominaba, por privilegio sobresaliente, el *pintor de la Naturaleza*. Lo irritaba que muchos novelescos sublimaran al vacío Du Bartas (21). Lo afligía además la ósatada y creciente anarquía de Francia; la desolación de las comarcas predilectas de Tours, Blois, Vendôme y Orleans; la inestabilidad caótica de principios, partidos y jefes. Contra todo ello había tronado en los dos rimados discursos *Des misères du temps* y en la *Elegía a Guillermo des Autels*. Lloraba esas calamidades públicas en la *Remembrance*, y en la religiosísima y vibradora *Institution pour l'adulescence de Charles IX*. Remitiendo al Señor de Villeroy su nuevo libro *Amours diverses*, no ocultaba el desencanto y el hastio:

Já du prochain hiver je prevois la tempête,
 Já cinquante et six ans ont neigé sur ma tête,
 Il est temps de laisser les vers et les amurs...
 J'ai vu peuples et rois, et depuis vingt années
 J'ai vu presque la France au bout de ses journées:
 J'ai vu guerres, débats, tantôt trêves et paix,
 Tantôt accords promis, redéfais et refais,
 Puis défais et refais. J'ai vu que sous la Lune
 Tout n'était que hasard, et pendait de Fortune.
 Pour néant la Prudence est guide des humains:
 L'invincible Destin lui enchaîne les mains...

Acuden a la memoria los versos de Moratín:

Yo ví del polvo levantarse audaces
 A dominar y perecer tiranos;
 Ví atropellarse efímeras las leyes
 Y llamarse virtudes los delitos.

(20).--Belleau. *Traducción de Anacreonte* (París, 1556) precedida de una elegía de Ronsard.

(21).--Véase su soneto de quejas a Juan Dorat.

Cada vez iba menos a la Corte, coloreando con los achaques las deliberadas ausencias. Enrique III lo convocaba a la Academia del Louvre. El lo homenajeaba, alabando su piedad, afabilidad y larguezas, y rememorando sus antiguas victorias de Jarnac y Montcontour que él mismo había cantado (*Prière pour la victoire, L'Hôte défait, Hymne à Henri III*); pero prefería la *libertad rústica*, y se quedaba en la abadía de Croix-Val, cerca de los deliciosos lugares de Montoire, La Braye y Vendôme, o en el priorato de Saint-Cosme, junto a Tours (22). Aun hay pasajes, en estos versos suyos al último de los Valois, que suenan casi a embozados sarcasmos, cuando le recomienda con ahinco sobriedad, economía y virtud. Hasta en estos discretos consejos a los príncipes, imitó a su Píndaro amado. Pero parecen apócrifos los sonetos de escarnio que se le atribuyen contra Enrique III y sus validos, y que figuran en las obras inéditas (23). Cumplió con los lemas que había adoptado:

Faire envers Dieu son office,
Faire a son Prince service
Et se contenter du sien. . .

Au reste, craignant Dieu, les princes et les lois.

Asediado de escrúpulos, corrigió en las postreras ediciones lo que creía malsonante o escandaloso, según el flexible criterio de la época. Rivalizaba a la sazón con su coetáneo el Tasso en nimiedad de remordimientos, y se anticipaba a Flaubert en el suplicio de purificar. Cuando se sintió a punto de muerte, enflaquecido e insomne, olvidado de las pagánias de la oda de antaño (24), se hizo trasladar a su priorato de San Cosme, plácido asilo monástico en medio del fragor de las guerras religiosas. Acompañado de su constante amigo Juan Galland, rector del Colegio de Boncour, y rodeado de sus

(22).—*Le bocage royal*. Léanse las diversas epístolas a Enrique III, a más de las composiciones citadas en el texto.

(23).—Blanchemain (Metz, 1854). — Idem, *OEuvres complètes de Ronsard* (1867).—Además, consúltese siempre Sainte-Beuve, obs. cit.—Cuando Ronsard iba a París vivía en una casa del Faubourg Saint-Marceau, que compró después el poeta Colletet.

(24).—*La elección de su sepulcro*, una de las más bellas. Es la IV del Libro IV.

monjes, ante los cuales se confesó en alta voz, y de los que recibió los últimos sacramentos, con fervor extraordinario, expiró muy cristianamente el 27 de Diciembre de 1585. La ciudad de París, que era entonces el foco de la Liga Católica, como tres siglos más tarde lo fué del nacionalismo, le celebró espléndidas exequias. Delante de los príncipes y cardenales que asistían, con el Parlamento y la Sorbona en pleno, pronunció la oración fúnebre el calvinista recién convertido, y futuro obispo y apologista Du Perron, siendo aún laico, pues el parregirico de Ronsard, el poeta execrador de los Protestantes, el lírico abanderado de la Contra-Reforma, equivalía a un acto público de catolicismo. Para Francia era el glorioso arquetipo del humanista católico, tal como en Italia Bembo y Sadoletto. Su fama duró incólume hasta que llegaron épocas de crítica mezquina, que despreciaron, tanto como a él y con incomprensión análoga, a los maestros supremos, a Homero y al Dante, a Píndaro y a Esquilo, a Shakespeare y Lope de Vega. La rehabilitación conjunta ha constituido para Ronsard el más envidiable desquite póstumo, y uno de los mayores timbres estéticos para el pasado siglo XIX.

III

En el arte de Ronsard advertimos tres imitaciones principales: la italiana, la latina y la griega. Son homogéneas, porque pertenecen a la misma tradición del Renacimiento; y se hallan en el poeta que estudiamos, no crudas, como dijeron sus detractores, sino suficientemente asimiladas y elaboradas.

La imitación italiana preexistía, en Clemente Marot, el obispo Heroët y Mauricio Sève, francos petrarquistas. Ronsard igualmente se empeña en traducir o reproducir al Petrarca; y lo obtiene unas veces con felicidad, y otras con afectación y melindres, según es de ver en los *Amours de Cassandre* sobre todo, y además en los sucesivos *Amours de Marie* y en las *Elegías*. El soneto que comienza

Une beauté de quinze ans enfantine...

es versión del

Grazie, ch'a pochi'l ciel largo destina...;

y el otro

Voici le bois que ma sainte angelette. . .

interpretación libre y bellísima del

Senuccio: i vo' che sappi in qual maniera. . .

Le ocurre lo propio con el: *Amor, io fallo*, en el dedicació a Elena de Surgères:

Otez votre beauté, ôtez votre jeunesse. . . (25)

El célebre a la misma:

Quand vous serez bien vieille, au soir, a la chandelle. . .

tene como origen indirecto el XII del Petrarca:

Se la mia vita dal'aspro tormento
Si puó tanto schermire e dagli affanni. . .

También imitó varios sonetos del Cardenal Bembo, particularmente estos dos, en los *Amores de Casandra* (la Salviati, hija del rico banquero florentino):

Comme un chevreuil, quand le printemps detruit
Du froid hiver la poignante gelée. . .;

Si mille oeillets, si mille lys j'embrasse,
Entortillant mes bras tout a l'entour. . .

Su fervor de alumno, por otra parte, no le impedía censurar el vano recargo de epítetos, hasta de cuatro o cinco en fila para un solo

(25).—Las raíces petrarquescas de estos tres sonetos están ya señaladas por Sainte-Beuve.

verso, que enervaba a la poesía italiana; y en esto y todo prefería la parsimonia de los clásicos del Mundo Antiguo (26).

De entre los latinos, se inspira, como ya lo había hecho Marot, en Ovidio y Marcial; utiliza de preferencia los elegíacos; pero su favorito era Virgilio, desde el colegio. Lo supo de memoria a partir de la adolescencia, y de ordinario tenía sus obras a la mano. Quiso calcar la *Franciada* sobre la *Eneida*, pisando con humildad en las huellas magistrales:

A genoux Franciade!
Adore l'Eneide, adore l'Iliade;
Rèvère leurs portraits et les suis d'aussi loin
Qu'ils m'ont passé d'esprit d'artifice et de soin!

El excelso patronato no salvó a la *Franciada*, poema inconcluso, impuesto a Ronsard por mandado de sus reales mecenas (Catalina de Médicis y Carlos IX), que se quedó en sólo cuatro cantos, que atediaba a su propio autor, y tan artificial y enfadoso como todos los épicos franceses desde el siglo XVI al XVIII, incluso la *Henriada* de Voltaire. La *Franciada* es como un centón virgiliano. Fuera de ella y con mejor ventura, le ha suministrado Virgilio rasgos para sus églogas, por ejemplo la de *Aluyot* y otras de alternas estancias, que nos rememoran las de Garcilaso, por venir del mismo manantial; para el *Orfeo*, que está en el *Bocage*; y para muchas de las odas. Después de Virgilio, coloca Ronsard a Lucrecio, a quien por didáctico no considera verdaderamente poeta, aun reconociéndole *versos excelentes y divinos* (27). A más de esta razón de género, contribuye sin duda a la escasa simpatía hacia el autor *De natura rerum*, la honda discrepancia de ideas. El irreligioso po-

(26).—*Abregé de l'Art Poétique Français*, cap. *De la poesía en general*.—A su vez, el italiano Chiabrera imitó de modo muy ostensible el ritmo de la oda XXII, libro IV de las de Ronsard:

Bel aubepin verdissant...

en la gentil poesía lírica:

Belle rose porporine...

(27).—Primer Prefacio de la *Franciada*. Es tanto más arbitraria la tacha, cuanto que Ronsard cultivó en no pocas ocasiones la poesía didáctica.

sitivista romano hubo de ser antipático para el creyente beneficiado de Evailée y La Croix-du-Val. Porque es bien sabido que las equívocas frases de Ronsard acerca de la inmortalidad del alma, en la oda V del libro II, hay que interpretarlas benignamente, como un juego de mera imitación retórica, donde entremezcla reminiscencias de Catulo y del latinista holandés Juan Segundo con las de otros autores (28). Así tampoco simpatizaba con Rabelais; y no tanto por las impudicias (que en este capítulo era el Renacimiento en demasia tolerante; y el mismo Ronsard, en los escrutinios de la conciencia, tenía que arrepentirse de tan desvergonzadas priapeas como *La Bouquinade*), cuanto por las irreverencias sacrilegas, las burlas blasfemas, el panteísmo flagrante, el encarnizado anticlericalismo, y las groserías enormes e infames que hacen alarde en las páginas de *Gargantúa y Pantagruel*. Agréguese a esto la rivalidad porfiada ante los protectores comunes de ambos, los Cardenales Du Bellay y Châtillon, y los Guisa; y el convencimiento de no ser sincero Rabelais en su adhesión a los últimos ni en cosa alguna. Además, Rabelais había sido partidario de la vieja escuela poética de Marot y Mellin de Saint-Gelais. Por todo ello se explica la riña de los dos grandes escritores en el castillo de Meudon, del Cardenal de Lorena, que las crónicas narran; y el epitafio denostador con que Ronsard echa en cara a Rabelais su sátira contra los católicos o *papimanos*, y lo zahiere llamándolo *sucio glotón, que prefiere los jamones a los lirios, ebrio consuetudinario, y rana que chapotea en el cieno*. Lo reputaba un chacotero colosal, un bufón gigantesco, y nada más (29).

(28).—*A sa maitresse:*

Sans nos yeux reveiller
Faut long temps sommeiller.

A mayor abundamiento, las ha rectificado en otra parte, con una de sus más señoras estrofas:

Vous êtes abusé. Le corps dessous la lame
Pourri ne sent plus rien. Aussi ne lui en chaut.
Mais un tel accident n'arrive point a l'âme
Qui sans matière vit immortelle la-haut. . .

(29).—No se apartan mucho de tal sentencia, aunque por diversas razones, el gran filólogo Enrique Esteban (*Apología de Herodoto*, 1566); Montaigne (*Ensayos*, libro II, cap. X) y La Bruyère (*Caracteres*, cap. I). Para el juicio de La Bruyère sobre Ronsard, véase al fin del presente estudio, cap. IX.

Sea de ello lo que fuere, regresemos a nuestro asunto. Ha traducido de Lucrecio el episodio de la vaca, en el Canto III de la *Franciada* (30); y ha imitado su metáfora de *las antorchas de la vida, que se transmiten a la carrera*, en una de las mejores y postreras composiciones, la epístola *Al Señor de Villeroy*. De Horacio se ha aprovechado continuamente en las *Odas*. Sirvan de testimonio, entre ciento, las dirigidas a Beltrán Bergier (XVI del Libro I), a su lira (XXII del mismo Libro I), a la fuente de Bellerie (IX del Libro II) y a su paje; otra que principia:

Jeune beauté, mais trop outrecuidée. . .

y tantas más, sembradas de notorias remembranzas horacianas (31). De igual manera ha tomado bastante de Propercio y de Tibulo. De Catulo no apreciaba sino el *Atis* y *Las nupcias de Peleo*. Recurría aún a los autores de la decadencia; y se apropiaba trozos de Rutilio Namaciano y de Claudiano, cuyo *Rapto de Proserpina* encomia y cuyo *Anciano de Verona* imita.

Anteponía con mucho la literatura griega a la romana. Fué uno de los clásicos franceses de veras helénicos, al modo de Fenelón, Racine y Andrés Chénier. Leía con avidez a Homero; y se acuerda de sus lecturas, no ya sólo en la infausta *Franciada*, sino en los inmarcesibles sonetos. Verbigracia, el admirable *Il ne faut s'ébahir*, parafrasea el hexámetro 156 del Canto III de la *Iliada*, contaminándolo con un pensamiento de Propercio. Para los *Himnos* se ha ayudado tanto de los pseudo-homéricos y órficos como de los de Calimaco. Aunque medio sordo, era buen músico; y este fué uno de los motivos por los que intentó la resurrección del lirismo pindárico. Hizo revivir la división de la oda en estrofas, antistrofas y épodos cantables, con excesivo lujo de mitología, y largos relatos épicos o alegóricos. Empresa titánica, desmesurada. Ni siquiera su posterior Academia Real del Louvre podía franquear los medios adecuados para la ejecución de una lírica coral tan complicada.

(30).—E. Faquet, *Scizième siècle, Etudes littéraires* (Paris, 1902), pág. 240.

(31).—En una de las epístolas a Enrique III:

A vous, race de rois, prince de tant de princes. . .

el pasaje del caballo viejo proviene de la Primera del Libro I de Horacio.

da y ambiciosa. Confina con la ópera o el ditirambo; cuando menor, con la gran cantata. Pero en este empeño por renovar género tan excelso, lo sumo del alma griega, tarea que ya arrediaba a Horacio (32) y que Sainte-Beuve califica de *hermoso arroyo*, ¡cuántas preciosidades verbales y rítmicas prodigó, como aquellos versos que con razón admiraba Sainte-Beuve y que son vislumbres de alta poesía científica:

Là sont par la Nature encloses
 Au fond de cent mille vaisseaux
 Les semences de toutes choses,
 Eternelles filles des eaux!

Por la forma y el metro, parece que oyéramos los sonoros *Laudi* de D'Annunzio. El anhelo de ennoblecer el tono; la alternación de palabras comunes con otras arcaicas, peregrinas o compuestas; el empleo de un dialecto poético en la oda triunfal, muy distinto de la prosa diaria; todo lo que después se le ha acriminado, venía a ser en el fondo el reflejo de la doctrina y ejemplos de sus idolatrados griegos, la *dionimia* que dijeron los críticos alejandrinos. No se le puede negar, ni en teoría, ni en la mayor parte de los casos que presenta, la licitud de un estilo propio de alta lírica.

Por más que las odas pindáricas no le redundaran ciertamente en un malogro como la *Franciaña*, Ronsard se fatigó al cabo de la árdua imitación de Píndaro, y desde 1555 se consagró a la de Anacreonte y los bucólicos. Enrique Esteban acababa de descubrir los códices anacreónticos y de publicarlos en la edición *princeps* de París. Entusiasmado, Ronsard dió a su vez a la imprenta, dicho año siguiente, su versión francesa, que antecede a la de Remigio Belleau (33). Abandonaba la gravedad doria por la molicie jónica y siciliana. Claro que en la mayor parte se trataba del pseudo Anacreonte greco-romano y bizantino, cuyas amaneradas canciones trasladó mejorándolas, convirtiéndolas en juguetes de filigrana. Así en el *Amor mojado*; en la oda a Belleau, el otro traductor de Anacreonte, *Du Grand Turc je n'ai souci*; y en *Plusieurs de leurs*

(32).—Horacio, Oda II del Libro IV.

(33).—La traducción de Ronsard impresa en París, *in octavo*, 1555, está ci-

corps denués (34). De los poquísimos vestigios auténticos, ha traducido muy bien uno, *Pourquoi comme une jeune poutre*, el que lleva en las modernas ediciones críticas anacreónticas el número 75. Quien con más frecuencia lo ha inspirado ha sido Teócrito: para los *Amores*, principalmente la pieza *La quenouille* en los *Amours de Marie*, para los *Himnos* y las *Eglogas*, y al traducir el *Cíclope* (35). De Bion ha vertido las dos más lindas fábulas, el *Amor pajarillo* y el *Amor preso*, que son respectivamente los fragmentos II y III del bucólico de Esmirna.

Brotó su poesía de todos estos injertos, rejuvenecida con la savia clásica, opulenta, burilada como una joya, deccrada con la pompa corintia del nuevo Louvre, edificado por su amigo el canónigo Lescot, el que erigió su Musa triunfante en el frontón de aquel palacio suntuoso. Emulan en verdad sus versos todas las magnificencias arquitecturales y estatuarias de la época:

..... Une vigne descend
 Tout a l'entour des bords, qui, de raisins chargée,
 Est de quatre ou de cinq pucelles vendangée.
 L'une tient un panier, l'autre tient un couteau,
 Et l'autre a pieds déchaux gâche le vin nouveau,
 Qui semble s'écouler dans la tasse profonde...

 Ce lierre qui coule et se glisse a l'entour
 Des arbres et des murs, lesquels, tour dessus tour,
 Plis dessus plis, il serre, embrasse et environne...

 La sont, d'age pareil cent jeunes jouvenceaux...

Describen los matizados bosques de Francia:

tada y descrita por los helenistas franceses Juan B. Gail y su tocayo Juan B. Montfalcon.—La de Beileau, del año 1556, es igualmente un volumen *in octavo*, y lleva en los preliminares una elegía de Ronsard.

(34).—Fragmentos 31 y 22 del Anacreonte apócrifo.—Humiston, en el folleto que examino, proclama que el titulo principal de Ronsard a la inmortalidad poética estriba en las *Odas*. Todavía, en 1830 y 1860, este axioma crítico sonaba a paradoja. Véase Sainte-Beuve, *Causeries du Lundi* del 13 y 20 de Octubre de 1855.

Dont l'ombrage incertain lentement se remue. . .

o los triguales finos y dorados:

Si j'aperçois quelque champ qui blandoie
D'épis frisés a travers les sillons. . .

Raras veces alcanzan la fúlgida precisión de la poesía filosófica:

La matière demeure et la forme se perd (36).

Pero en su generosa e insaciable sed de gloria, aliento de todo el humanismo, vibra, más que en ningún renacentista, el eco soberbio de la altilcuencia pindárica, que lo arrebató a la encendida apoteosis:

Dès mon enfance en l'eau de ses fontaines
Pour prêtre sien me plongea de sa main,
Me faisant part du haut honneur d'Athènes
Et du savoir de l'antique Romain. . .

Je veux brûler, pour m'élever aux cieus,
Tout l'imparfait de mon ecorce humaine,
M'éternisant comme le fils d'Alcmène,
Qui tout en feu s'assit entre les dieux.

IV

De sus discípulos, el más fiel y querido, el más parejo compañero en estudios y propósitos literarios, sordo y taciturno como él, su hermano menor, flébil, enfermizo y leve, fué su pariente Joaquín Du Bellay (1525-1559), dulce elegiaco y satírico amable.

(35).—Faguet, *Seizième siècle*, pág. 237.

(36).—Este alejandrino que copio y los que le preceden inmediatamente, parecen recordación de los hexámetros de Lucrecio, Libros III y V *De natura rerum*:

Disperit, atque aliam naturam sufficit ex se.
Omnia commutat natura et vertere cogit.

(Son respectivamente el hexámetro 704 y el 831 de los dos Libros referidos).

A la vez que el ya mencionado libro en prosa *Defensa e ilustración de la lengua francesa*, escribió los sonetos de *La Oliva* (37), de alambicado petrarquismo, y por eso de mayor afinidad con el grupo místico lionés de Sève, que con Ronsard, su inmediato maestro. Después se alejó bastante de la imitación del Petrarca, para reemplazarla con la del Ariosto. En los clásicos del Mundo Antiguo, su inquieta curiosidad lo llevaba hasta amplificar pensamientos de Ausonio. Los sonetos inspirados por Roma estrenan, con tenuidad de novicio, la musa arqueológica humanista, la fascinación de reverencia ante las ruinas de los palacios y las termas imperiales, o el pasmo y censuras del renovado boato en las mansiones pontificias de los Paulos y los Julios. Son los mismos temas que luego hemos visto inspirar tantas páginas admirables de escritores franceses, desde Chateaubriand y Barbier a Taine, Boissier y Nolhac. Tradujo e imitó con tersura los *Lusus*, églogas y epigramas del veneciano Andrés Navagero, el que fué Embajador de la República Serenísima en España y Francia, el consejero de los endecasílabos de Boscán. A pesar de las vehementes exhortaciones de la *Defensa*, redactó en latín muchas poesías amatorias, amoldándose en Catulo, Tibulo y Ovidio. Sus odas francesas siguen, como las de Ronsard, el estilo pindárico. El mejor de los libros de Du Bellay, los *Regrets*, cuya aparición (1559), por ciertas comprometedoras mordacidades, le enajenó la protección del Cardenal Embajador, su tío, y le acarreó la definitiva desgracia, contiene los más primorosos de los sonetos que compuso, aquellos que figuran en todas las antologías, de tan honda terneza y nostalgia tan suspirante, que no desdican de los insuperables de Ronsard.

Ecos y reflejos de éste fueron, por lo demás, cuantos en Francia versificaban entonces. Como él se los recordaba con justicia y orgullo, enrostrándoles su traición, a los dos discípulos (Jacques Grevin y Florent Chrestien) que lo insultaron villanamente por su polémica contra los protestantes:

(37).—La *Défense et illustration* salió, como ya dijimos, en 1549, junto con los cincuenta primeros sonetos de *La Oliva*, dirigidos a su prima y dama Oliva Viole de Seigné.—A ellos agregó en 1550 otros sesenta sonetos y algunas composiciones rimadas; y el mismo año imprimió los *Versos líricos* u *Odas*, dedicándoles a la Princesa Margarita de Valois.—De 1552 son sus *Poemas y traducciones*; — de 1588, el primero y único libro de las *Antigüedades de Roma* y los *Juegos rústicos*; — y por fin, del último año de su vida, 1559, los famosos *Regrets*.

Vous êtes tous issus de la grandeur de moi,
 Vous êtes mes sujets, je suis seul votre loi,
 Vous êtes mes ruisseaux, je suis votre fontaine...

Así ocurre con los de la Pléyade y los apóstatas, citados arriba: con su primo el veneciano de nacimiento Juan Antonio de Baif, traductor de Bión y Mosco, el que intentó remedar los metros de cantidad greco-romanos e inventó el verso *baifiano*, de quince sílabas y hemistiquios desiguales; con Remigio Belleau, el trágico Jodelle y Pontus de Thyard, el traductor de León el Hebreo y Obispo de Châlons-sur-Saône, como con los adeptos secundarios o recientes, verbigracia, Oliverio de Magny, el de los *Sourpirs* (1557), borroso duplicado de Du Bellay, un Du Bellay desleído y realista; el gran jurisconsulto Esteban Pasquier, que en prosa y poesía concordaba con los puntos cardinales del programa ronsardiano; La Boétie, el amigo de Montaigne (38); y los mismos hugonotes férreos, apocalípticos y rechinantes: Teodoro de Beza en su juventud; Agripa d'Aubigné, cuando menos en *Le Printemps*; y el retumbante declamador Du Bartas, en la *Creación del Mundo*.

Por el retiro semivoluntario de Ronsard, lo substituye como principal poeta áulico, en la Academia del Louvre, bajo Enrique III, Felipe Desportes, el cual reverenciaba, como todos, la supremacía del predecesor, mucho más inspirado y enhiesto. Según costumbre casi inviolable de la época y la escuela, Desportes estuvo en Italia y allí se formó el gusto, más toscano y menos greco-romano que el de la genuina Pléyade. Se dió a conocer en 1572, con varias imitaciones del Ariosto (*Rolando furioso, Rcdomonte, Angélica*), y con versos eróticos ofrendados a Diana de Cossé-Brissac. Era la personificación más acabada del abate cortesano, la exacta prefiguración de lo que fué en el siglo XVIII, por ejemplo, el Cardenal de Bernis, a quien se asemeja extraordinariamente, desde la pobreza juvenil y la archiflorida levedad poética, a las apariencias honrosas, y la amplia y munificente hospitalidad en la vejez. Desportes a la verdad fué un clérigo muy aseglarado y escandaloso. Algo hay que discul-

(38).—Véanse sus 29 sonetos en el cap. XXVIII del Libro I de los *Essays* de Montaigne. El soneto décimo alude, con deslumbramiento, a la gloria de Ronsard, y al renombre que granjea a los dos ríos Loiras, por él ensalzados, a la par del Mincio de Virgilio, del Sorques del Petrarca y del Arno de los poetas florentinos.

par, en atención a las generales costumbres del Renacimiento; pero no tanto como él se permitía en vida y escritos. A su lado el libre Ronsard hace papel de asceta. Canónigo de la Santa Capilla, Abad de Tiron, Aurillac, Bonport y otros varios beneficios, Felipe Desportes no se avergonzaba de cooperar en las peores liviandades de la Corte, y consignarlas luego por escrito en clave; de exhibir su prole sacrilega, siendo un hijo suyo quien heredó su renombrada biblioteca; y de cantar, bajo el transparente apelativo de *Flor de Lis*, a su amante más encumbrada, la Reina Margarita de Valois, la primera mujer de Enrique IV. Sainte-Beuve recuerda, a propósito de la elegía *Cleofón*, que rimó cuando murieron en desafío dos privados de Enrique III (1578), las bucólicas de Bión de Esmirna y el *Aites* de Teócrito. Sigue de ordinario las pisadas de los italianos secundarios de aquel tiempo, como Luis Tansillo, el que entonces era conocido e imitado hasta en nuestro Perú (39). Tras el gran favor de que disfrutó con Enrique III, el Duque de Joyeuse y el Almirante de Villars-Branca, y de haberse mostrado partidario fogoso de la Liga, se arregló oportunamente con Enrique IV y Sully; y por haber aconsejado la rendición de Ruán, vió restituidas y acrecentadas sus numerosas prebendas. Cuando viejo, se regularizó bastante, a lo menos en exterioridades; y por no tener la responsabilidad de pastor de almas, y quizá también por afición al ocio rico y letrado en que se complacía, rehusó la sede arzobispal de Burdeos, que le ofreció el Rey. Dícese que, como si hubiera sido castigo de sus culpas, este desapoderado rebuscador de afeites, y gozador de perfumes y delicias (según el epigrama de Saint-Amant), murió devorado por la lepra. El cronista L'Estoile desconfía de su arrepentimiento sincero, aún en el último trance. La versión de los Salmos, que trabajó en los años maduros, impresa parcialmente en 1592 y completada en 1595, vale como testimonio de pública reparación, y nó como timbre poético, a pesar de la benevolencia inaudita con que la juzga Faguet (40). Lo de mayor peso que en mérito suyo puede alegarse, es que San Francisco de Sales se recreaba transcribiendo sus estrofas. El sarcástico Malherbe, en cambio, tan ajeno a la caridad inagotable del melifluo Obispo de Ginebra, un día que Des-

(39).—Véase la *Miscelánea Austral* de D. Diego Dávalos Figueroa.

(40).—E. Faguet, *Hist. de la Lit. Française*, t. I, Parte IV, cap. XI, pág.

portes había convidado al irascible gramático para su mesa opípara, y quiso regalarle antes de la comida un ejemplar de dicha versión del Salterio, la rechazó exclamando que prefería con mucho el banquete a esos mal traducidos salmos. Pero Desportes escribió otros versos devotos, harto mejores que las traducciones menospreciadas por Malherbe. Lope de Vega, que lo leía y lo cita, conoció esas obras a lo divino, pues hay dos de los sonetos piadosos de Desportes, ambos fervientes plegarias a la misericordia de N. S. Jesucristo, que recuerdan los posteriores del compungido Fénix castellano, émulo en ligerezas morales del liviano abate francés, aunque le sobrepusiera tan extraordinariamente en ánimo y verbo. Suscita comparación más desfavorable todavía, cuando al imitar el *Beatus ille* de Horacio, en *La vie champêtre*, nos trae sin remedio a la memoria *La vida del campo* de Fray Luis de León. Entre los sonetos profanos, resalta, muy aceptable, el intitulado *Icaro*. Malherbe trituró, con el *Comentario sobre Desportes*, todo el bagaje literario del frívolo prelado, con la extremosidad y acrimonia que él ponía en las críticas, y procurando visar más alto, en lo tocante a gramática y rítmica, hacia el mismo Ronsard. Boileau, secuaz fanático de Malherbe, asevera que Desportes, para atemperar y bajar el tono, escaementó con el espectáculo de la presunción y catástrofe de la escuela ronsardiana. Doble inexactitud maldiciente: porque Ronsard no fué desestimado sino a los cuarenta o cincuenta años de muerto, cuando una nueva generación, yerta y meticulosa, cesó de comprender la exuberancia renacentista, y ya entonces Desportes, que siempre veneró a Ronsard, había desaparecido; y porque no debe ser título de recomendación o indulgencia la notoria inferioridad y mengua de alientos del alumno respecto del maestro que reconoce y acata.

Cosa análoga pero no igual ocurre con otro de los discípulos menores de Ronsard, Juan Bertaut, que Boileau equipara con Desportes, pero que me parece muy preferible a él en gravedad, alteza y hondura de inspiración (41). Secretario y lector de Enrique III, Abad de Bourgueil y de Aulnay, después Obispo de Séz, acertó a conciliar mejor que Desportes el cultivo de la poesía con las dignidades eclesiásticas que invistió. Sus discursos en verso a los reyes,

(41).—Boileau, *Arte poética*, Canto I, alejandrinos 140 a 142; y *Reflexión VII* sobre Longino.

por ocasiones notables, reproducen con decoro, aunque en tono mejor y reverberación amortiguada, la elocuencia parenética de los de Ronsard. El raudo empuje de su modelo se trueca en fluidez recogida y melodiosa. No produce siempre la misma impresión, porque a menudo no es muelle y laxo como Desportes, sino concentrado, elíptico, y alguna vez casi abrupto. Tiende al rebuscamiento y a la reconditez acicalada, como que en él, bastante más que en Desportes, se pone de manifiesto la influencia del conceptismo y marinismo italianos. Tildesele en buena hora por ello, por las sutilezas antitéticas y alquitaradas; pero nos parece enorme injusticia la acusación que Strowski le formula, de haber afeminado la poesía, confundiéndolo distraidamente con Desportes (42). Faguet se avanza a señalar, en sus obras devotas, presagios o barruntos de Larmartine. Léanse estos cuartetos, que a la verdad suenan a preludios de los majestuosos acordes de las *Armonías*:

Fais-le bruire aux torrents des vallons que tu laves,
 Neige qui vêts les monts d'un blanc et froid manteau;
 Et toi grêle poliè et toi glace qui paves
 Au pesant chariot les sentiers du bateau.

Orageux tourbillons qui portez les naufrages
 Aux vagabonds vaisseaux des tremblants matelots,
 Témoignez son pouvoir a ses moindres ouvrages
 Semant par l'univers la grandeur de son los.

Faites-la dire aux bois dont vos fronts se couronnent,
 Grands monts, qui, comme rois, les plaines maîtrisez;
 Et vous, humbles côteaux, ou les pampres foisonnent,
 Et vous, ombreux vallons de sources arrosés.

Féconds arbres fruitiers, l'ornement des collines,
 Cèdres qu'on peut nommer géants entre les bois,
 Sapins dont le sommet fuit loin de ses racines,
 Chantez-le sur les vents qui vous servent de voix.

(42).—Strowski, *Histoire des lettres*, tomo II, en la Colección Hanotaux de la *Histoire de la Nation Française* (Paris, Plon, 1923).

Esta invitación a toda la Naturaleza para las alabanzas divinas es un canto de órgano, de unción elevada y solemne. Por eso llama la atención que Bertaut haya tenido la mala suerte de que un tan agudo catador de estilos como Sainte-Beuve lo pospusiera a Desportes al cual equipara con el tierno y melifluo Quinault. El mismo Boileau prefiere Bertaut a Desportes, y a aquél lo pone al nivel de Malherbe y Racan (43). Hasta el implacable Malherbe se amansó ante el agrado de muchos versos de Bertaut y llegó a admitir que su obra significaba un esfuerzo en la depuración del idioma (44). Es más de admirar tan excepcional templanza en estos juicios del *tirano de las palabras y las sílabas*, porque Bertaut se ensayó también en la temerosa labor de parafrasear los Salmos, ocupación de los años contritos de estos mundanos sacerdotes, que tan frustrada le resultó a Desportes, y que los propios laicos Baif y Malherbe intentaron.

J. de la RIVA-AGÜERO.

(Continuará)

(43).—Boileau, *Reflexiones sobre Longino*, VII.

(44).—Racan, *Vida de Malherbe*.